

JULIO LLANOS

EL DR. FRANCIA



Buenos Aires
1907

A. MOEN Y HERMANO, EDITORES
323 — Florida — 323

Es propiedad del autor



Hist.-Hisp. amer.
Lajonane
1-10-33
27 2 16

AL DR. LUIS M. DRAGO



Los pueblos tienen estilo. Las manifestaciones de toda organización encuentran su manera de producirse, apenas variada en las formas accidentales de cada caso. El suelo, el clima, la raza, las ideas religiosas, la educación, asumen en sus exponentes principales, los movimientos políticos, una visible uniformidad. Y se destaca así el carácter de una colectividad, definido y conforme á los fundamentos de origen.

Los Uruguayos han buscado en la eliminación de sus dominadores la conquista de sus derechos políticos y la senda ex-

traviada de su bienestar; y han expuesto su sistema en el verso fiero de su himno: «Si tiranos, de Bruto el puñal». Flores, Santos y Borda, jalonean el camino de sus reivindicaciones.

Nosotros hemos pedido á las revoluciones el secreto de las libertades sanas, que mantienen los principios de la dignidad ciudadana, y como en 1810, ha colaborado la masa anónima en los rumbos y las prácticas republicanas.

El Paraguay ha solicitado de sus elementos de fuerza, de los jefes y oficiales de los cuerpos de ejército, sin movimientos de opinión, el cambio de sus gobernantes; y desde el último de los gobernadores Españoles, Velazco, hasta nuestros días, se han sucedido los dramas políticos sin aparente violencia, y casi sin efusión de sangre.

Y fué por la seducción y la conquista de los jefes de tropa, cómo el doctor Francia anuló á sus émulos y se irguió con el poder tiránico.

*

Cálida y apacible se requebra sobre la gran arteria fluvial la ciudad de las historias sombrías, de las leyendas trágicas.

Cálida y apacible en la semivigilia de un despertamiento á la vida, después de largas fatigas morales, sonrío ahora á los impulsos de progreso y de regeneración patriótica. Sus calles van á perderse en la verdura eterna de sus bosques alzados sobre el suelo movable de sus arenas rojizas. Y, sin ruidos, sin bullicio, como trabajan el corazón y el cerebro,

la Asunción expande su alma y su dominio sobre los campos quebrados, las florestas vírgenes, los ríos caudalosos, que favorecen el porvenir de esa raza y de ese pueblo tan llenos de esperanzas, que balbuce sus ideales en la primera y fecunda caricia de su libertad positiva.

Los conquistadores Eúscaros que pusieron su planta en esa región, le dejaron su apego á los fueros, que son aislamiento más que autonomía; los jesuitas aprovecharon y abusaron de esa tendencia, y prepararon el alma mansa de la raza indígena para los predomios personales absolutos, irresponsables, que necesitaban, á su vez, ese aislamiento como una condición de tranquilidad para su influencia. La situación geográfica fué cómplice pasivo de ese egoísmo que se hizo colectivo.

Las tiranías sólo pesan verdaderamente sobre las clases altas, ambiciosas, de un país y de una sociedad; sobre aquellos que tienen conciencia de sus derechos y de sus deberes. La masa popular se siente cómoda, arrodillada delante de un poder que iguala á todos; y aun le deslumbra el conocimiento de una autoridad extraordinaria y evidente, llena de prestigios, que se hace la ilusión de que le pertenece, halagándose al considerarla como propio desprendimiento.

La energía dominadora, que reclama un pueblo de sus gobernantes, es tanto más alta cuanto más caído es el nivel de su educación y cultura.



El horror á la actividad física desarrollado bajo un sol de fuego, que enrarece el aire y fatiga los cuerpos, inculca la paciencia, faz inerte y suave de la perseverancia, la que bajo la presión de un entusiasmo ó de un propósito, se convierte en tenacidad y resistencia.

Y el tiempo, que apremia á los hijos del frío, que multiplica sus necesidades teniéndolo como aliado, no mueve la vida desgana da de los que calman en la siesta inevitable los impulsos y apetitos de sus cortas vigili as.

El espíritu religioso de la enseñanza que se daba en el Real Seminario de San Carlos de la Asunción, dirigido por

los franciscanos desde la expulsión de los jesuitas, contribuía también á apagar en los jóvenes las exaltaciones y entusiasmos de la sangre paterna, y acentuaba el predominio de la gravedad melancólica de la raza indígena, que tenía rastros visibles en la pereza cariñosa de las madres.

En los pueblos primitivos, donde es posible asentar la fe sincera, se infiltra en el concepto de la vida la indiferencia por la vida misma, agregándose esa otra causa más á la despreocupación que la falta de pasado histórico siente por el porvenir desconocido.

A todos estos motivos de la indolencia y tedio, se arrancó á Francia, casi niño, para que fuese á estudiar teología y latín, y á recibir las órdenes sacerdotales en Córdoba, cuya universidad des-

parramaba ya la fama de su ciencia.

Y allá por el año 1780 el desgarrado y pálido adolescente fué á encerrar sin mucha pena, pues no lo dominaban los afectos, sus taciturnidades morbosas y periódicas en los claustros sombríos.

Obsérvase en los mestizos, que llegan á una vida compleja, afinando en ella los agentes psíquicos, cierto desequilibrio nacido de las tendencias distintas de las razas que los forman, y á veces sus impulsos no pertenecen á una ni á otra siendo derivaciones de un íntimo conflicto.



Se ha estudiado la correlación que existe entre la tierra y los seres que la habitan.

Córdoba, mediterránea, edificada en el hondo valle que la esconde á todas las miradas, y en la que se vive siempre con el horizonte cerrado y estrecho, á la que llega más tarde la luz y la deja más temprano, era el sitio para las influencias tenebrosas y ocultas. Y sin duda estas peculiaridades, bien apreciadas por espíritus videntes, la hicieron el foco del jesuitismo.

Á ese centro traía el futuro dictador sus incipientes sueños cavilosos de renombre, sus amargas melancolías, sus inquietudes punzantes, su afán de estudio y de exactitud, su apego arbitrario á la

severidad y al orden, sus crueldades insospechadas, la fría tenacidad de sus propósitos. Jamás discípulo alguno ha llegado á recibir una educación más adecuada á su naturaleza. Y cuando se estimulan y se ejercitan las disposiciones verdaderas se pasa siempre de la mediocridad.

Llenas de anécdotas están aún las tradiciones estudiantiles en las que Francia dejó el recuerdo de la dureza de su carácter y de la energía reflexiva de su ánimo. Le llamarón pronto el Tirano, pues sus designios iban seguidos de imposiciones y amenazas. Cuentan que jamás abandonaba un puñal. Y grabó con él su nombre en la piedra de un sitio inaccesible para los otros, mostrando su audacia, su vigor, y la predisposición nativa de colocarse allí donde no pudiese

ser seguido. Esa piedra fué partida y derrumbada por un rayo, muchos años después, cuando ya el nombre marcado en ella se había hecho más imborrable, aún, fijado por el dolor en la memoria de los hombres.

Para la costumbre estudiantil de las escapatorias nocturnas valíanse los jóvenes de un largo subterráneo habitado por viejos esqueletos que se sostenían afirmados en las paredes. Los muchachos, en quienes el hábito había borrado todo temor y todo escrúpulo, atravesaban la caverna por entre la doble fila de esos siniestros centinelas. Alumbrábanse con velas de sebo, y muchas veces, esa especie inocente de conjurados hacían de la caverna campamento, y allí improvisaban festines devorando las provisiones de dulces y masas que sus madres les enviaban.

Aquello resultaba un ejercicio para el valor, y su culto tan humano daba á las escapatorias el incentivo mordiente de vencer un doble miedo.

Una noche, encontrándose reunidos, advirtieron con asombro que la calavera de uno de los esqueletos se inclinaba saludándolos. Al asombro sucedió el espanto cuando ese movimiento volvió á hacerse visible, repitiéndose varias veces el saludo. Permanecieron silenciosos é inmóviles, los ojos fijos, como fascinados por aquel gesto irónico y siniestro. Francia, único sereno, sacó su puñal, dió un salto y lo hundió en los ojos de la calavera. Al retirarlo, instintivamente, miraron todos: el puñal se habia enrojecido.

El espanto se hizo violento, y los dominó el pánico: huyeron ó se des-

mayaron. Francia repitió sus golpes, y al despedazar el fúnebre despojo, pudo ver que un ratón, que hacía de ese cráneo su cueva, en sus esfuerzos por roer el sebo de una vela, era la causa de las inexplicables reverencias, y había ocasionado al ser herido, las manchas rojas del puñal.

*

Versado en latín y teología, y recibidas las órdenes menores, volvió Francia á su patria. (1)

La vida colonial no podía despertar en él las naturales ambiciones ni actividades soñadoras. No ofrecía otro porvenir que el de una existencia tranquila y pesada. La política, que abunda en

entusiasmos, ó fomenta deseos y estimula ansiedades juveniles é inocentes de renombre, no acumulaba prestigios ni daba asidero á las iniciativas.

Los ímpetus secretos y exigentes de una naturaleza moral vigorosa y firme, se hacían tardíos en el joven Francia, ahogados por el medio ambiente y suscitados apenas por una que otra lectura trunca de libros escapados á la vigilancia religiosa, y llevados por el azar á sus manos.

Durante las épocas de dominación absorbente ó de corrupción y desgobierno, la mistificación, el auge de lo mediocre, el vacío que deja la moral desaparecida, hacen vacilar los ánimos esforzados entre el abatimiento y la violencia.

La melancólica gravedad de su carácter fué cambiándose en misantropía,

herido por contrariedades internas, por la lucha entre sus actividades mentales y la inacción á que se hallaba reducido.

Solicitó y obtuvo una cátedra de latín en el Real Colegio de San Carlos, y la sirvió gratuitamente durante siete meses.

Este pequeño derivativo no fué bastante. Buscó el de las alegrías ruidosas, los amores fáciles, las distracciones vivaces del juego. Y se vió al futuro y temible tirano acompañando jaranas con guitarra, dando serenatas, y acudiendo á los bailecitos orilleros. Procuraba engañar las inclinaciones tétricas de sus horas de soledad y hastío; y todo eso le producía, en el fondo, un disgusto profundo por esas compañías y ese medio, en los que su figura poco airosa, sus latines y su gravedad silenciosa, su

falta de destreza y soltura, no le daban éxitos. En cambio de esos placeres fugitivos y menguados por el íntimo descontento, tuvo humillantes contrariedades. Y así, en esa vida vacía, en pugna con sus inclinaciones y tendencias de hombre intelectual, en ese cansancio doloroso del que no encuentra medios ni recompensa para la lucha; en esa amargura de la opresión, que se sabe invencible, en esa nostalgia de la altura, que inquieta á los dominadores, se desarrollaban su temperamento, su desprecio por la gente, su indiferencia por la vida y las desgracias ajenas, su egoísmo exigente é imperioso.



Ocupaba sus días en la abogacía.

Desprovisto de fortuna, sentía menosprecio agresivo por los que la poseían. El espíritu de justicia y protección al débil, que se le reconocían, era la forma de su rencor igualitario, como su honradez era el instinto y el deseo de una superioridad evidente y orgullosa. Veía que las riquezas se acumulan por las condiciones pasivas y siguen la previsión, hija del temor. Nada creía respetable á su alrededor y germinaba en él la crueldad morbosa que lo llevó, más tarde, á gozar con los tormentos y los ayes de sus víctimas. Sus dotes de ca-

rácter é intelectuales eran de esas que se desarrollan lentamente, y como si lo hicieran en virtud de un trabajo de agregación de sentimientos é ideas.

Francia se sabía mordido por le desdén hiriente de los hombres y de las escasas familias que lo decidían todo, y con las que no podía llegar á mezclarse en una época en que las iniciativas y las actividades personales se destinaban á morir, faltas de ambiente, en medio de la ignorancia y de la apática indiferencia.

En esa situación moral, en la edad en que la ambición se destaca con firmeza de entre las pasiones que la adormecen, se empezó á abrir ampliamente el horizonte de lapolítica continental, y extrañas balbucencias de libertad é independencia conmovieron la quietud secular.

Francia fué de los primeros en oirlas, y su inteligencia previsoras se apoderó de esas ideas que eran luz y eran acción.

La expedición de Belgrano agitó los ánimos con todos los temores y todas las esperanzas. Y aquella generosa imprevisión dió al Paraguay el conocimiento de su fuerza, y la tentación de su libertad.

Velazco fué depuesto sin sangre, y empezó la tarea de la organización en medio de la anarquía.

Francia no era popular. Empeñosamente pudo formar parte, en calidad de secretario, de la Primera Junta. El descuido, la ignorancia, la falta de visión clara, fueron poniendo la situación en sus manos, ayudándole también su espíritu de intriga formidable y discreto.

Hacíase la opinión en congresos tan

numerosos, que eran ignorantes y dóciles.

Con sucesivos y aparentemente aïrados alejamientos, dejaba Francia el desórden que lo proclamaba necesario.

Se apartaba de la relación con Buenos Aires (3), y susurraba con las ideas de emancipación las de aislamiento é independencia, siempre halagadoras. Intrigando, amenazando, seduciendo, se hizo dueño de las fuerzas eficaces del país, y miembro de la Junta Gubernativa. Y después cónsul. Asumió enseguida la dictadura temporal, por cinco años, el 3 de Octubre de 1813, declarándose dictador perpétuo en 1816.

*

Ojos oscuros que se fijaban implacablemente, frente alta y oprimida partida por un surco vertical profundo, nariz delgada y firme, boca ancha de labios finos, color trigueño amarilloso; de estatura mediana, delgado, espaldas ligeramente encorvadas, pie pequeño y correcto. Caminaba despacio, y hablaba lentamente.

Tal era José Gaspar Rodríguez Francia, cuando en pleno vigor físico asumió el mando supremo de su país.

Gustábale entonces vestir pulcramente y con cierta originalidad. Pantalón ajustado color almendra, altas po-

lainas de paño, frac azul con galones en las mangas y dos estrellas en cada faldón, chaleco blanco y voluminosa corbata.

Hizo severas é iguales sus costumbres. Su voluntad era tan firme que se connaturalizaba con todo aquello que juzgaba útil á sus propósitos.

Se levantaba con el alba, tomaba mate, que él mismo cebaba mientras se paseaba fumando por el amplio corredor interno. Hacíase afeitar con un mulato de quien recibía delaciones, cuentos y noticias, y al que comunicaba lo que quería que se supiera. Pasaba enseguida al corredor exterior donde daba audiencia. A las 7 llegaban los escasos funcionarios, y trabajaba con ellos en los asuntos administrativos durante dos horas. Recibía al secretario, firmaba y dictaba hasta la hora de su frugal al-

muerzo. Dormía la siesta. La tarde asemejábase por los hábitos á la mañana, salvo el paseo á caballo que verificaba con escolta y armado de sable y pistolas. Después de comer, generalmente un pichón con un vaso de vino, paseábase silencioso y taciturno por los corredores hasta las 10, hora en que daba el santo y seña, y entraba á sus habitaciones, que cerraba por sí mismo.

Este apego al orden metódico lo poseen, casi siempre, los caracteres sin generosidad.

Su servicio personal consistía en dos mujeres y un mulatillo, Pilar, al que parecía tener afecto, lo que no lo libró de que lo hiciera fusilar, encontrándolo culpable de pequeñas raterías de muchacho. El mismo dió la orden verbal, y repartió las balas para

la ejecución, como hacía en todos los casos, sin que la víctima, que lo oía, se diera cuenta de la seriedad del capricho cruel. Sólo cuando estuvo al lado del naranjo, famoso sitio de ejecuciones, dando espaldas al río, y frente á la ventana desde la cual el dictador presenciaba esos espectáculos, prorrumpió en gritos que fueron acallados por la descarga.

*

La lengua guaraní ha tenido, y mantiene aún, influencia perniciosa para el desarrollo intelectual del pueblo paraguayo. Los jesuitas la cultivaron en sus misiones con exclusión de toda otra, no

sólo como uno de los medios de aislamiento sino de limitación en las especulaciones mentales. Su pobreza, su inocencia primitiva, impiden la concepción de lo abstracto, y fijan únicamente el dominio de lo concreto y visible. El raciocinio se hace lento, y muy trabajosamente penetran las ideas en los cerebros mal dispuestos para recibirlas. Las explicaciones difíciles del culto religioso toman la forma de supersticiones, y los conceptos de la moral y la política arraigan la creencia de las obediencias pasivas á los poderes visibles, personificados, que los representan.

*

Hecho el dominio sobre la parte escasamente culta de la capital, el resto del país no tenía otra opinión que la del acatamiento á disposiciones, por otra parte simples, y que llevaban una sanción penal rápida y terrible.

Y ese fué el trabajo habilidoso de Francia. En los comienzos de su dictadura, que no fueron sangrientos, si bien arbitrarios y severos, alejó á los pocos extranjeros que podían pensar, y contuvo y humilló á los Españoles con decretos vejatorios, que les quitaron toda influencia. Llegó á prohibirles que se casaran con mujeres blancas.

Manifestaba, generalmente, aversión al matrimonio. Para realizarlo había que solicitarle permiso; y no siempre lo concedía, ó lo demoraba durante años. Tal vez procuraba con esto el desprestigio de las familias arraigadas, de aquellas, justamente, que no acertaron á tributarle las consideraciones sociales á que se sintiera acreedor en los comienzos de su carrera. Tal vez era un ensayo tímido, insospechado, de conducir á su dócil pueblo hacia una existencia vegetativa, natural, cuya concepción quedara en su espíritu gracias á las lecturas de esas filosofías desorientadas del siglo XVIII.

En el pueblo corría la alarma de sus astucias y de sus adivinaciones, que él apoyaba con instrumentos de astronomía, libros, conocimientos sorprendentes,

y los espionajes que le daban uno de los resortes del caudillo primitivo: la averiguación de las situaciones domésticas y personales. Ni en el fondo de los bosques se atrevía la gente á maldecir su dominación; se daban casos en, que él lo había sabido.

Amaba el poder por el poder mismo, como un homenaje á su valimiento, y no por las sensualidades que proporciona.

Apoyado en las ideas simpáticas de la emancipación, persiguió y fundó las de independencia, que eran su ambición y su rumbo. Odiaba á Buenos Aires, donde predominaban deseos de libertad y luchaban principios generosos, cuyo contacto temía. Fué sin embargo el primero en pronunciar la palabra federación. Mañosamente unas veces, abiertamente otras, según el momento y las cir-

cunstancias, se negó á que su país enviara delegados, y se mezclara en nuestras turbulencias.

El aislamiento á que el Dr. Francia condenó á su tierra era un medio de defensa personal y político. Poco á poco fué cerrándose á todo contacto con el exterior. Respondió á una comunicación de Bolívar, en que lo invitaba á la acción externa, negándose á toda participación en ella (4). Abría de vez en cuando alguno de los puertos alejados de Asunción, combinando la necesidad de objetos comerciales con la provisión de armas.

Edificó cuarteles en la capital, en las fronteras, y en puntos estratégicos. Destruyó la buena oficialidad, que había peleado y hablado con Belgrano, y servido á la emancipación. La substituyó con individuos ignorantes y

rudos, que le eran adictos, y á los que mantenía en los grados inferiores. No quería prestigios militares á su alrededor.

He ahí el más grave daño de los gobiernos fuertes y personales: anonadan hombres, ó les impiden formarse.

Se dió la pena de estudiar táctica, y solía mandar en persona evoluciones y cargas de sus regimientos de caballería. Estas tropas no sólo contenían á los indios; las aumentaba en temor y previsión de las ideas y propósitos de Buenos Aires.



Al mismo tiempo hacía industrioso á su pueblo, favoreciendo con halagos y castigos las artes manuales.

Indicaba medios de hacer mayores los rendimientos de la agricultura, é imponía nuevas siembras en los años malos. Anhelaba que el país se bastara á sí mismo. Procuraba la abundancia y enseñaba la frugalidad.

La falta de comunicaciones que impuso el dictador fueron un error y un delito con relación al país, pero sirvieron su política.

Sólo los pueblos muy cultos ven una ventaja en el extranjero que les llega. Los otros miran en él un usurpador á quien odian porque creen que les disminuye bienestar, y desprecian porque es más débil para soportar trabajos de que no tiene hábitos.

Se halaga siempre el sentimiento de las multitudes deprimiendo al que no nació en su suelo. Y en nuestra América

ha sido siempre muy viva esta extensión vulgar y errónea del patriotismo.

Francia se imponía á la consideración de su pueblo como un defensor de su independencia. Afirmaba su estabilidad y su poder, únicas preocupaciones de su espíritu sombrío, al que no penetraba una sola visión del porvenir.

El poder omnímodo entraña la idea de duración. Los tiranos tienen la obsesión de propiedad de lo que usurpan. Los hiere como un ataque injurioso toda iniciativa de cambio ó de liberación. No consienten el más lejano derecho de atentar contra esa propiedad, declarada inviolable por la ley suprema de su interés.



Sólo los espíritus muy altos se sustraen al deseo egoísta y despechado de que al abandonar un puesto de responsabilidades y de acción no deban seguirles el desórden y los daños. En las tiranías este deseo se hace enconoso, irritado con la idea de que la violencia ó la muerte son los únicos agentes que pueden destruirlas.

En el doctor Francia, esta despreocupación airada por el porvenir de su país era evidente, y se unía al deseo principal de no disminuir su autoridad. Nunca expuso una vacilación, ni una debilidad. Quería que sus decisiones aparecie-

ran tan inmutables como leyes superiores.

Jamás habló de una organización conforme á principios de gobierno que conocía, ni aun en los días de su vejez achacosa. Jamás creó una institución, una ley permanentes.

Sentía desprecio por todo lo establecido. Su ideal consistía en un pueblo del todo diferente de los otros. Felizmente carecía de imaginación, y no pudo acertar con lo extravagante. Le pesaban, también, para ello, las escasas aptitudes de su gente, lo que deploraba desdeñosamente. A pesar de su preocupación por los medios de vida propios para su país, de las escuelas que fundó, y en las que enseñándose á leer se confirmaba la ignorancia, su afán fué de oposición á todo lo que significara una mutación ó un progreso.

*

Dícese que una mujer está en el fondo de todos los acontecimientos humanos, y es un acontecimiento, aunque diluido en el tiempo, la acción de un hombre que resume en su país toda la influencia y todos los poderes.

En la vida del doctor Francia hay una mujer, una niña, de quien se apasionó con todas las vehemencias de su carácter reconcentrado, en los primeros años de su edad madura. La familia más que la joven, rechazó sus pretensiones, hiriéndole con el desprecio. Jamás lo olvidó. Y en los días de su poder castigó cruelmente á los padres y al hombre

con quien ella se unió. La palabra «mulato» de que se sirvieron para justificar la negativa, le quedó en la memoria como el rastro de una humillación injusta, dolorosísima. Muchas veces la empleó en sus decretos vejatorios y originales para señalar á los que habían caído en su enojo, desgracia irreparable seguida de penas sin apelación.

La monotonía de la vida, que circunscribe el espacio moral, hace una sensación de ira difusa, de rencor latente, que impone dureza á las ideas y determinaciones.

Un extraño culto á su propio amor ultrajado, que vivía en su alma sin bondades ni olvidos, lo apartó del trato femenino. La falta de bienestar íntimo, que incita á la severidad, aumentó su misantropía, apartó su existencia, y á solas

con su ambición avasalladora pensó en crearla omnipotente.

Aprovechó las debilidades mentales del obispo para que se nombrara un vicario general que estaba á sus órdenes, y se hizo jefe del culto, al que prohibió las procesiones y otras formas de exhibición, y quitó bienes y prerrogativas.

No se interesaba por las ideas religiosas de la gente, y él hablaba de su descreimiento. — «Cuando yo era católico», solía decir con frecuencia.

En la filosofía especial, que se había dado, la vida era una circunstancia sin otra trascendencia, en los demás, que la de obedecerle y desaparecer sin dejar rastros.

Contrario á las ideas monárquicas no era partidario de las de libertad; y defendía sus teorías con la falta de pre-

paración de los pueblos sud-americanos para el gobierno propio.

Llenaba las horas de soledad con la lectura, y la única biblioteca del Paraguay estaba en sus manos. Poseía el francés, el latín, y traducía medianamente el inglés. Su héroe predilecto era Napoleón, cuya historia perseguía con interés. Esta afición podría hacer pensar, que fueron las estrecheces de sus medios de acción más que las de su espíritu, las que le impidieron lanzarse en aventuras exteriores.

Dentro de la monotonía de su administración hacía todo con escrupulosa prolijidad y honradez, corrigiendo cuanto se le llevaba á firmar, y vigilando personalmente el cumplimiento de todas sus órdenes.

Fué ajeno, despreocupado, opuesto

casi á toda manifestación artística. Su espíritu adusto estaba ahí, velando porque no irradiara la vida en expresión alguna que la hiciera amable.

Por temor á una celada desde los escondrijos de las casas salientes y las calles curvas, ó por deseos de uniformidad, ordenó la demolición de edificios, y una especie de nivelación del suelo, lo que se verificó rápidamente y sin gastos para el Estado. Aún los beneficios los hacía dolorosamente.

*

El período de sus crueldades, de sus crueldades horribles y sangrientas, comenzó con el descubrimiento de la

conspiración de Yegros, instigado por Ramirez desde Entre Rios.

Fulgencio Yegros había compartido con él las inquietudes y dominaciones de la junta gubernativa; y su valor brillante, su riqueza, su destreza en las faenas rurales, le mantenían popularidad.

Descubierta la conspiración, no se atrevió á darle muerte, pero sí exterminó á todos sus cómplices, cuyos nombres arrancó en la Sala de la Verdad, como llamaba á la pieza donde daba tormentos.

En las horas de la noche su verdugo, Bejarano, acompañado de algunos indios, azotaba á las víctimas extendidas boca abajo sobre tarimas.

Francia se paseaba en el cuarto próximo, silenciosamente, recogiendo con fruición los nombres y detalles que de-

claraban en medio de los gritos de dolor y de espanto, que no lo conmovieron jamás.

Halagábalo hacer sin forma de trámite la manifestación más evidente de poder quitar la vida.

Conocido un nombre, ordenaba la aprehensión, y si no le eran necesarias las declaraciones de la víctima, él mismo repartía las balas, y á su vista, bajo el árbol de naranjas de la orilla del placido río, se verificaba la ejecución.

Otros, tal vez más desgraciados, eran conducidos á los calabozos subterráneos de las cárceles, sin forma de juicio, sin que su nombre volviera á oírse sino en el secreto del terror en el hogar desolado. Francia lo olvidaba con honda crueldad despreciativa.

Se vieron, á su muerte, salir ancia-

nos encorvados, semi-paralíticos, idiotizados por los sufrimientos y la soledad, que habían vivido 20 años en sótanos de metro y medio de altura, casi sin alimento y sin luz. Muchos habían sido fusilados después de varios años de prisión, sin duda en un momento que cayó el recuerdo de sus nombres durante un malestar hipocondríaco.

Los archivos de Asunción no han guardado la huella de estos crímenes. Cuando las órdenes no podían ser verbales, la nota en que se comunicaban debía ser devuelta con la anotación de «cumplido» al pie, y la firma. Francia las destruía, y el olvido pesaba sobre las lágrimas y los dolores.

La conspiración, y esos delitos alojaron el temor en el ánimo del tirano. Recrudescieron periódicamente las medi-

das de seguridad, el espionaje, la delación. Acentuó el encierro en que vivía, y ni en sus paseos cotidianos fué permitido observarlo. Las puertas y ventanas se cerraban á la vista del soldado que le precedía á la distancia, y los transeuntes huían. Era verdaderamente el terror que pasaba.

Iniciadas las ejecuciones de una manera tan violenta, hizo del temor un medio de dominación. Y sin motivo real, por una simple denuncia, cruzaban por la sala del tormento los que iban á ser ajusticiados. Las víctimas seguían á las víctimas sin que hubiera medio de huir de una región cercada por fuerzas militares, obedientes hasta el idiotismo, y por los obstáculos de la naturaleza.

La experiencia que sobre los hombres se adquiere desde el poder, agran-

da el concepto de su miseria; y el desprecio, que es de esto natural consecuencia, fomenta la arbitrariedad.

Siempre la risa fué esquiva en sus labios delgados, y después de la barbarie que sucedió á la conspiración de Yegros, aún la sonrisa desapareció de su semblante severo, que acentuaba con los años y las iras la dureza de su perfil.

*

El fatalismo indolente, hijo del sol, que no es el destino ni la estrella de los seres fuertes, que está en la raza y entraña las creencias supersticiosas con que se venera lo incognoscible, si no es el agente, hace fácil la obediencia de

los pueblos en que la ilustración no la rechaza.

Esperar es la forma negativa de la actividad, y lo que debe venir está sujeto á influencias extrañas al que aguarda; lo maneja lo desconocido, el azar, é impone el sometimiento del que recibe.

En aquella época, para el pueblo paraguayo, Francia era la encarnación casi providencial de la autoridad y el poder; un accidente en su vida contra el que no pensó rebelarse, porque era traído por fuerzas superiores y ajenas á su voluntad. No de otra manera le habían llegado antes los gobernadores españoles y la opresión jesuítica. El alma nacional estaba sujeta por la herencia y el hábito del vasallaje. El dictador lo sabía, y por eso abatió con el terror y la muerte á los miembros de la clase diri-

gente, que en todo país encáuzan y vigilan la marcha política. A la masa popular le estorbaban derechos cuya aplicación desconocía, y se revolvía cómodamente dentro de dos preceptos del decálogo: «no matarás, no robarás».

El abuso del poder es inherente á la naturaleza humana. No existe carácter ni antecedentes que libren de caer en lo arbitrario, en lo injusto, en lo cruel, si no se tiene un tribunal que juzgue. Desde la cumbre del poder dictatorial al crimen hay una pendiente que hacen resbaladiza el odio, el miedo, el orgullo, el amor, la ira, la venganza, todos los furores que latén en la bestia, y que refrena el hombre más por la razón de los otros que por su propio raciocinio.

Las tiranías, la lucha de uno solo, suceden á las contiendas, á las desinte-

ligencias de todos. El temor, la sumisión, el cansancio, la ignorancia, hacen la delegación de los derechos individuales, cuyo conjunto forma la monstruosidad de la suma del poder público en manos del más hábil ó del más fuerte.

Los hombres que ejercitan una larga dominación hacen el daño de imprimir su carácter á la colectividad. Y lo malo es, que si las virtudes tienen influencia, sólo los vicios ó el terror subyugan.

El pueblo paraguayo ha sido el menos culpable de los pueblos al abandonar su suerte en el ser superior que lo regía. Todos los agentes de la naturaleza y del hombre le habían enseñado el sendero de la obediencia como el único para andar la vida. Y Carlyle, en su adivinación genial, ha tenido motivo, si no razón, para pensar que el Dr. Francia en-

carnaba el único gobierno de que era susceptible.

*

Rodeado por hombres que le eran muy inferiores, creció en él la idea de su valimiento. Abatir á los otros es el medio de subir para los ambiciosos sin amplitud moral.

Aplicaba conocimientos europeos y astucias indígenas á sus planes, y perseverancias de carácter y de escuela. ¡Se borran mal las huellas de las primeras nociones de la vida!

Francia es diferente de los dominadores de pueblos, no sólo por la especialidad del suyo, sino por haberse formado

fuera del las agitaciones que abren y espandan la personalidad, haciéndole que absorba ideas y pasiones, y las refleje modificadas por el temperamento, convirtiéndola en representativa. Francia no surgió del ambiente; cayó en él. Su individualidad se alzaba aislada y única. Sin placeres, sin vida moral, sin otra satisfacción que la de saberse temido, sus odios eran ausencia de amores, y pesaba fríamente, implacablemente, sobre todo cuanto lo contrariaba. Sus castigos eran siempre formidables, no en relación á la falta, sino á él. Tanto valía detenerse á mirarlo como atentar contra su vida ó su soberanía. En esto ponía decisión sistemática, propósito, deseo de mantener la inquietud y la zozobra, las que no aconsejan la lucha, sino que traen el abatimiento y la resignación.

Los hombres que dominan por el terror ó por las dádivas adquieren un escepticismo amargo y vejatorio porque actúan sobre las flaquezas más esparcidas: el miedo y la codicia.

Se consideraba dueño de las vidas y depositario de los bienes. Jamás usó en servicio propio lo que pertenecía al Estado ó á los particulares. Cuéntase que desterró á su hermana por haber empleado á un soldado de la escolta, alejado de su padre, que era por su parte un portugués inquieto y atrabiliario, desconoció unos hijos naturales que se le atribuían. No tuvo amigos, nada que debilitara su sistema de feroz aislamiento, ni fuese ocasionado á granjerías. La soledad prolongada hace olvidar los detalles familiares de la vida, y pierde la delicadeza de los afectos apartándose de la ternura. Nunca

se vió á Francia acariciar á un niño. La dulzura compasiva con que el hombre ama la infancia no estaba en su ánimo desprovisto de todo movimiento afectuoso. La única lucecita de cariño que emanaba de su alma tétrica, caía sobre la cabeza de Sultán, su perro favorito.

No tenía aplausos sino para la adhesión, elevada por él á la categoría de única virtud considerable.

*

Las agitaciones políticas y revolucionarias del exterior le interesaban escasamente. Cada chispazo guerrero que sentía, sobre todo en la Argentina, le daba pretexto para cerrar más su país.

A los pocos europeos que llegaban les impedía salir. Uno que otro obtuvo libertad después de largos años; Bonpland, que la usó para morir, en 1865, haciendo plantaciones de yerba-mate en el Paso de los Libres (5); Rengger, Longchamp, y alguno más para volver á Europa y esparcir por el mundo la fama de ese hombre solitario y siniestro en medio de un pueblo mudo y resignado. Al caudillo Artigas lo confinó, y le pasaba una pequeña mensualidad, mientras le disminuía, fusilándoselos, los hombres que lo habían acompañado á pedir hospitalidad (6). Verdad es, que ellos tardaron en darse cuenta de que la vida allí, al aire libre, no permitía los merodeos.

Esta reclusión fuéle cristalizando sus ideas, acortando su visión intelectual, estrechando su círculo hasta hacer un sis

tema absurdo de lo que fué un propósito para fundar la independencia de su suelo. El encierro vició la atmósfera envenán-dola hasta producir letargo; se hicieron espesas las ideas, los sentimientos, y ya no se aspiraba á otra cosa que á vivir el día siguiente.

Y sobre esa quietud caía el sol, flo-recía la naturaleza, cubriendo con anchas hojas generosas la miseria del hombre.

Antes de concentrar en él todos los po-deres, el Dr. Francia, estaba versado en-el manejo de los intereses públicos; se había acudido á sus luces, y á su integri-dad severa á pesar de su impopularidad.

Durante el coloniaje fué defensor de capellanías, promotor fiscal, alcalde ordinario de primer voto, diputado interino del real consulado, síndico-procurador general.

Sus virtudes no eran amables, pero lo hicieron, entonces, dueño del respeto de los españoles y de sus compatriotas. De ahí su influencia oculta pero eficaz en los movimientos inquietos de la emancipación, y la necesidad que imponía su acción en las desinteligencias de los primeros momentos, cuando aquellas almas calurosas y cándidas no sabían encontrar el camino de sus propios deseos y propósitos.

Suena extrañamente la voz «virtudes» hablando de tiranos, y particularmente del Dr. Francia, en quien la historia y la leyenda han encarnado todas las monstruosidades, haciendo un ser fuera de

la naturaleza y de la verdad. Y, sin embargo, fueron virtudes las que levantaron el pedestal para sus crímenes, y para el crimen del poder supremo. Tal en la naturaleza humana variada, débil y fuerte, duermen los gérmenes del bien y del mal aguardando las circunstancias propicias que los hagan crecer y triunfar.

Despreocupación absoluta, indiferente, morbosa, cruel por el porvenir de su país; esterilidad egoísta y desechada durante todo su gobierno; afán enfermizo porque se le considerase como un ser superior y sobrehumano; inhumanidad implacable, fría, sin memoria; persecución á todo valimiento; humillación á todo carácter y á toda libertad; aversión á los afectos; cultivo del rencor; apego al chisme y á la delación; imposición de la inquietud y la angustia. Tales

fueron los caracteres de la larga dominación del Dr. Francia, caracteres que si estaban en su naturaleza, son también la fisonomía de los poderes tiránicos, irresponsables.

Y así, durante 24 años, ejerciendo el mal y escasas cualidades recordativas de sus años de hombre y de ciudadano vivió ese raro ejemplar americano.

El 29 de Septiembre, Domingo, de 1840, de 8 á 9 de la mañana, sucumbió á sus achaques y á la asistencia del Dr. Estigarribia.

Hombres y mujeres del pueblo acudieron á llorar á sus ventanas, no muy seguros de su muerte, cuando circuló de boca en oído la trascendental noticia.

Los Paraguayos deben un monumento á su independencia. En un relieve puede estar Francia haciendo sur-

gir la nacionalidad, y en otro el pueblo azotándolo por haberlo esclavizado, sin embargo de que el anonadamiento por el miedo es menos funesto que por la corrupción.

En la iglesia de la Encarnación, donde fueron sepultados sus restos, hizo el padre Manuel Perez su elogio fúnebre. Ensalzó el patriotismo y la severidad de su carácter imputando sus violencias al servicio de Dios y de la patria.

Mas tarde, manos desconocidas extrajeron el cadáver, sin que se haya sabido jamás dónde la venganza y el odio le impusieron definitivo asilo. Tal vez las tranquilas aguas del Paraguay arrullen sus huesos desnudos en el eterno adiós de su tránsito (7).

NOTAS

(1) La siguiente carta, dirigida á su apoderado, establece la fecha de su regreso de Córdoba, y la naturaleza de los estudios que hizo:

Córdoba y Mayo 26 de 85.

M. S. M. y mi dueño. Despues que (con el favor de Vd.) obtuve el grado, á que al tiempo de su partida me disponía, me he mantenido en esta, esperando para ponerme en camino, tener disposición de mi Sor. Pe. (padre) de quien ó porque, aún no me consideraba graduado, ó no sé porque accidente, no he tenido hasta aquí resulta, y aunque, á este mismo tiempo escribo á dicho mi Pe, previniéndole disponga mi trasporte para aquella; pero como esta disposición que en su respecto, espero no tendré, (si acaso hasta aquí no la ha dado) en cerca de tres meses, cediendo esto en la precisión de aumentar gastos, cuando ya camina á dos meses, el tiempo que me he detenido en esta; he acordado participar á Vd. el estado en que me hallo, encareciendo al mismo tiempo el que si hallase conveniente, dé providencia á fin de que se me asista en esta con aquello que para ponerme en marcha me fuese preciso, pues supuesto que dicho mi Pe. lo ha de

hacer, y quedando ambos obligados con mi recibo á su pronta satisfacción, parece que viene á ser lo mismo, que si él ya lo hubiese determinado: favor es este que espero de la generosidad de Vd.

Si no conviniera Vd. en esto, estimaré dé disposición para cuando llegue aviso de dicho mi Pe. y Vd. aún no pueda hallarse en esta, se me asista conforme á la ord. (órden) que tuviere.

Celebraré se mantenga Vd. con la salud cuya conservación deseo por ms. as.

B. L. de Vd. su mas afcto. Servidor

DR. JOSEF GASPAR FRANCIA

Sor. Don Franco. Anto. Gonzales.

(M. A. PELLIZA - Apuntes para servir de introducción al *Ensayo Histórico sobre la Revolución del Paraguay* por RENGGER y LONGCHAMP).

(2) En 1809 el Cabildo de la Asunción infor-

ma al Virrey Cisneros, sobre Francia, en la forma siguiente:

«Es natural de esta Ciudad, hijo legítimo de padres notoriamente nobles que lo fueron Don García Rodríguez de Francia, antiguo capitán comandante de milicia de artillería de esta Provincia, y Doña María Josefa de Velazco, habiendo sido su tío abuelo materno Don Fulgencio de Yegros y Ledesma, que fué gobernador y capitán general de esta misma Provincia. Su edad es de cuarenta y tres años, de estado soltero, persona de conocido talento y de una instrucción bastante general al paso de ser de un carácter pacífico, prudente y moderado y de bien acreditada honradez é integridad y de arreglada conducta.

Hizo sus estudios en la Universidad de Córdoba del Tucumán con manifiestas ventajas y obtuvo allí los grados de maestro en Filosofía y doctor en sagrada Teología. En este Real Colegio Seminario, después de haber enseñado latinidad, regentó la cátedra de vísperas de teología que se le confirió en rigurosa oposición.

Ha tenido particular aplicación al estudio del Derecho, en cuyas materias ha manifestado á satisfacción del público y de los magistrados suficiente capacidad y extensión de conocimientos en los

varios encargos del Foro que se le han confiado, como han sido los de Defensor de Capellanías y Obras Pías y de Promotor Fiscal de la Real Hacienda, así como en las causas de pobres que se le han encomendado, conduciéndose siempre con honor y rectitud. Por su reputación y buen nombre fué electo el año 1808 Alcalde ordinario de primer voto de esta ciudad cuyo cargo desempeñó cumplidamente, así como el de Diputado interino del Real Consulado que ejerció por la mitad de su año á falta del propietario y finalmente en el presente que corre, fué electo Síndico Procurador general que es el oficio en que actualmente se halla».

(M. A. PELLIZA - Obra citada en la nota anterior).

Indudablemente el H. Cabildo dió un informe lleno de benevolencia.

(3) RENGGER y LONGCHAMP dicen en su *Ensayo sobre la revolución del Paraguay*:

«El fué (Francia) quien se opuso constante-

mente á que el Paraguay auxiliase con un solo hombre á los ejércitos que defendieron la causa de América contra los Españoles, y enviase un solo diputado á los diferentes Congresos que se reunieron durante la guerra. Desde aquella época manifestó su designio de aislar á su patria.....»

(4) Bolívar envió al Capitán José Ruiz con una nota para Francia invitándolo á abandonar su sistema de neutralidad.

Llegado el mensajero á la frontera Paraguaya, fué detenido y desarmada su escolta por las fuerzas que la guarnecían. Comunicada, por chasque, la novedad al Dictador, éste mandó que le condujeran sólo al oficial. Así se hizo. Cuando llegó á su residencia no permitió que se comunicara con persona alguna.

Lo despachó, devolviéndole el sobre con la anotación «Llegó á las 12. Despachado á la una y media de la tarde con oficio. — Francia».

El oficio contenía lo siguiente:

Patricio: Los portugueses, porteños, chilenos, ingleses, brasileros y peruanos, han manifestado á este gobierno iguales deseos á los de Colombia sin otro resultado que la confirmación del principio sobre que gira el feliz régimen que ha libertado de la rapiña y de otros males á esta Provincia y que seguirá constante hasta que se restituya al Nuevo Mundo la tranquilidad que disfrutaba antes que en él apareciesen apóstoles revolucionarios, cubriendo con el ramo de oliva el perfido puñal para regar con sangre la libertad que los ambiciosos pregonan; pero el Paraguay los conoce, y en cuanto pueda no abandonará su sistema, al menos en cuanto yo me halle al frente de su gobierno, aunque sea preciso empuñar la espada de la justicia para hacer respetar tan santos fines, y si Colombia me ayudase, ella me daría un día de placer, y repartiría con el mayor agrado mis esfuerzos entre sus buenos hijos cuya vida desco que Nuestro Señor guarde por muchos años.

Asunción, 23 de Agosto de 1825

GASPAR RODRIGUEZ DE FRANCIA

Siempre escoltado volvió el capitán á reu-

nirse con sus hombres, y llevó á destino la respuesta.

Bolívar recompensó la audacia del expedicionario con doble ascenso.

(La nota anterior la tomamos de la obra de PELLIZA ya citada).

(5) Datos del Señor J. S. Godoy.

(6) «Fué confinado á la villa Curuguatí. Lopez lo trasladó en 1845 á Hiberá, donde murió en el año de 1850, á los noventa y dos años de edad». (SALDÍAS - *Historia de la Confederación Argentina*).

Cuando solicitó asilo, pidió repetidas veces, una audiencia al Dictador, la que no le fué concedida.

En Curuguatí llevó una vida tranquila y bondadosa, auxiliando con sus escasos recursos á los vecinos menesterosos.

Había dejado en Buenos Aires una hija con la que se comunicaba con la frecuencia que le era posible. Confirmando otras versiones, dicen los recuerdos de familia, que era un hombre alto, delgado, de ojos azules, y nariz marcadamente aguileña.

N. d. A.

(7)

Buenos Aires, Junio 23 de 1906

Señor Director de LA NACIÓN:

El Señor Julio Llanos termina su último artículo de la interesante série publicada bajo el título «El Dr. Francia» diciendo que sus restos

desaparecieron de la iglesia de La Encarnación, donde habían sido sepultados.

A título informativo, para los que hayan seguido la lectura de tan valioso estudio, tal vez tenga interés saber que la bóveda craneana del Dr. Francia está en nuestro Museo histórico, y saber igualmente cómo ha llegado hasta él.

Estando en 1876 en la Asunción tuve conocimiento, por confidencia de enfermo á médico, de que los restos del Dr. Francia, desaparecidos de la antes citada iglesia, estaban en poder de Don Carlos Loizaga, persona de alta figuración en la reorganización del Paraguay después de terminada su lucha con la triple alianza, y entonces miembro del Superior Tribunal de justicia.

En posesión de semejante noticia, naturalmente procuré ver y examinar los preciosos despojos.

Estrelléme al principio con una rotunda negativa: pero convencido el Sr. Loizaga de que tenía la noticia del mejor origen, pues miembros de su propia familia declaráronle habérmela transmitido, debió ceder á mi deseo y confesarme toda la verdad: su espíritu religioso le había impulsado á extraer esos restos, que profanaban el sagrado sitio donde se les había dado sepultura.

Dentro de un cajón de fideos, me fueron presentados los restos.

Grande fué mi desencanto al encontrarme sólo con una masa informe de huesos fragmentados: únicamente el «sacro» y el «calcáneo» estaban íntegros, como si con su extraordinaria resistencia quisieran atestiguar haber pertenecido al hombre que se había sentado sobre todas las libertades y pisoteado todos los derechos de sus gobernados.

¿Respondería la fragmentación del esqueleto al ensañamiento vengativo de alguna víctima? No me atreví entonces á preguntarlo.

Del cráneo, sólo la parte superior estaba bien conservada. De los vestidos únicamente encontré íntegra la suela de un zapato, que correspondía á un pie muy pequeño.

Conseguí del Sr. Loizaga me permitiera traer a parte del cráneo sana. En esta ciudad la cedi al Dr. Estanislao Zeballos, que tenía varios objetos pertenecientes á Lopez y otros generales paraguayos de la última guerra.

Posteriormente, cuando se formó el Museo histórico, el Dr. Zeballos hizo donación del objeto, para cuya mayor autenticidad me refirió que había conseguido del Sr. Loizaga una carta, que yo no obtuve.

El hecho es, por otra parte, perfectamente conocido de los señores contralmirante Lasserre y

Dres. Ernesto Pellegrini y Adolfo Decoud, en esa época residentes en la Asunción, así como de la familia del malogrado ministro Derqui, y de las de Iturburu, Machain, Alcorta y Recalde, de cuya amistad y finas atenciones conserva un recuerdo imperecedero quien, del señor director, tiene el placer de subscribirse atentamente S. S. S.

H. LEGUIZAMÓN

Su casa, Entre Ríos 186.

Era costumbre antigua de los guaraníes la de vengarse de los que habían sido enemigos, extra-
yendo sus huesos y rompiéndolos. — N. d. A.

El fotograbado de la última página representa la casa en que habitó y murió el Dr. Francia.

Nota del editor





